

## EL CONCEPTO KANTIANO DE RAZA Y LA DESVALORIZACION DEL HOMBRE AMERICANO<sup>1</sup>

Germán Jiménez  
UNSa

En el artículo "*Bestimmung des Begriffs einer Menschenrasse*"<sup>2</sup> ("*Determinación del concepto de una raza humana*") Kant se propone definir "con rigor" (*genau*) el concepto de raza. Para el filósofo esto se logra sólo si el concepto precede a los conocimientos empíricos adquiridos por los viajes en el campo de la antropología y de la etnología. Estos conocimientos deberán ser ordenados y pensados a priori por el concepto como establece el célebre principio de la revolución copernicana. "Los recientes viajes -escribe Kant en el párrafo con que inicia el artículo- han vulgarizado conocimientos acerca de las variedades de la especie humana; pero lejos de satisfacer al entendimiento, ese saber contribuye a que se inquiete por investigar semejante tema. Es importantísimo determinar previamente, y con extrema precisión, el concepto que se pretende aclarar mediante tales observaciones, y es necesario hacerlo antes de interrogar a la experiencia, pues en ésta sólo se encuentra lo que se precisa cuando de antemano se sabe lo que en ella se ha de buscar".<sup>3</sup> Así, pues, Kant ensayará un conocimiento a priori de raza humana aplicando su actitud crítica: del concepto a la experiencia.

Según Kant, deben distinguirse dos conceptos de raza: como accidente geográfico y como hecho de la naturaleza. Pero el concepto de raza no puede determinarse a partir de las diferencias producidas por el aire y el sol en el color de la piel, diferencias meramente accidentales y que deben ser atribuidas al "artificio" (*Künstelei*), provenientes de la naturaleza misma y transmitidas genéticamente. Así, criticando la actitud de Demanet -quien, por haber residido durante cierto tiempo en Africa, creía ser el único que en Francia podía juzgar con exactitud el color de los negros-, afirma Kant que la negrura de los negros puede ser mejor apreciada en los que residen desde hace mucho tiempo en Europa, donde debe desaparecer lo que los accidentes climáticos -el sol y el aire africanos- han impreso sobre su piel, para persistir únicamente "la negrura que les fue comunicada por nacimiento y que ellos seguirán propagando". La negritud debe manifestarse, pues, independientemente de la experiencia, porque es innata. El color por el que se diferencian las razas es un carácter invariable transmitido hereditariamente.

Inmediatamente establece Kant que las diferencias hereditarias (es decir, raciales) entre los hombres, considerados como una especie natural, es-

tán dadas por el color de la piel. Y en conformidad con este criterio admite con certeza sólo cuatro razas humanas: la blanca, la amarilla, la negra y la rojo-cobrizo.<sup>4</sup>

Los argumentos que da Kant para fundamentar esta división de las razas por el color de la piel son dos:

1º) cada uno de esos grupos humanos de diferente color de piel tienden a constituir unidades geográficas separadas: a los blancos (en general y aproximadamente) se los encuentra en Europa, a los negros en Africa, a los amarillos en Asia y a los rojo-cobrizos en América;

2º) el color genera diferencias constitutivas, como por ejemplo la transpiración (viejo prejuicio racial), mediante la cual la naturaleza adapta al hombre a los diferentes climas.

Kant había dicho que una división de clases entre los hombres sólo podía justificarse por diferencias transmitidas hereditariamente. Hay que añadir que esas diferencias hereditarias deben además ser infalibles (unausbleiblich), puesto que dentro de la raza hay muchas propiedades y caracteres hereditarios pero que no se heredan necesariamente.

En resumen: las variaciones que fundan la distinción de razas en la especie humana son las variaciones hereditarias; y, dentro de las hereditarias, sólo las que se transmiten infaliblemente. Estas variaciones hereditarias infalibles son las del color de la piel, por las que finalmente se puede clasificar a los hombres en sólo cuatro razas: la blanca, la negra, la amarilla y la rojo-cobrizo.

En la "ley de la generación necesariamente mestizada" se establece que en el cruzamiento de las cuatro clases fundamentales "el carácter de cada una de ellas se conserva infaliblemente". Así, por ejemplo, en el cruzamiento de un hombre blanco con una mujer negra, el hijo mulato que resulta recibirá de su padre el carácter de la raza blanca y de su madre el de la raza negra. "De este modo -escribe Kant- siempre tendrá que nacer un individuo de especie intermediaria o un bastardo".

Pero a través de todas las modificaciones individuales que el hombre puede introducir en la naturaleza, la especie se conserva siempre la misma. Toda variación que introduce el hombre la hace sin alterar sus disposiciones originarias. Kant concede un amplio margen para la libertad humana, dejando a la naturaleza sólo lo que es esencial para el mantenimiento de la vida. El hombre, como ser espiritual dotado de razón y libertad, podrá experimentar cambios en los géneros y en las especies, pero tiene un límite señalado por las leyes naturales, por encima de las cuales no puede ir.

Desde el punto de vista de la filosofía de la historia, hay aquí un argumento biológico que confirma la idea kantiana expuesta en la introducción de "*Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*": el hombre está sometido en su libre acción individual al plan unitario y organizador de la naturaleza.

La variedad misma de razas se debe a una finalidad natural. Esta conformidad a fin se muestra más claramente en la raza de los negros. Kant pensaba -según las teorías científicas de la época- que el color negro de la sangre, que puede observarse en un coágulo, se debe a un exceso de flogisto, cuya eliminación se realiza por los pulmones, excepto en el caso de los negros, que no pueden hacerlo por vivir en regiones en las que los grandes bosques y pantanos impiden la normal "desflogisticación" del aire. De ahí que en su sangre haya una sobrecarga de flogisto, el que -al no poder ser eliminado sino por medio de la piel- hace que ésta se vuelva negra y adquiera, como vehículo de la secreción que se cumple mediante la transpiración, el fuerte olor que la caracteriza.

En tiempos de Kant era muy común la idea de que la raza negra es una raza particular, diferente de todas las demás razas y separada de ellas por una suerte de barrera ideológica.<sup>5</sup> En el ensayo *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* se encuentran expresiones que muestran una innegable influencia de este arraigado prejuicio en Kant:

"Los negros de Africa carecen por naturaleza de una sensibilidad que se eleve por encima de lo insignificante. El señor Hume desafía a que se le presente un ejemplo de que un negro haya mostrado talento, y afirma que entre los cientos de millares de negros transportados a tierras extrañas, y aunque muchos de ellos hayan obtenido la libertad, no se ha encontrado uno solo que haya imaginado algo grande en el arte, en la ciencia o en cualquier otra cualidad honorable, mientras entre los blancos se presenta frecuentemente el caso de los que, por sus condiciones superiores, se levantan de un estado humilde y conquistan una reputación ventajosa. **Tan esencial es la diferencia entre estas dos razas humanas; parece tan grande en las facultades espirituales como en el color**".<sup>6</sup>

También el color rojizo de la piel de los americanos tiene una explicación análoga a la de los negros, y se debe a una finalidad de la naturaleza. Siguiendo una opinión que Fontana sostenía en debate con un tal Landriani, Kant aventura la hipótesis de que el color rojizo de la piel de los americanos se debe a la acción del "aire sutil" -die fixe Luft- (cuya cantidad es mayor en las aguas del Océano Glacial, por medio del que llegaron los primitivos habitantes del continente) sobre las partículas de hierro de la sangre, la que -satu-

rada de la acidez del aire que los pulmones no alcanzan a liberar- obtiene, en cambio, ese desprendimiento por medio de la organización de la piel.

Como prueba de esta hipótesis aduce Kant la comprobación de "una sensibilidad cutánea mucho menor entre los americanos originarios (*weit weniger Empfindlichkeit an der Haut der ursprünglichen Amerikaner*), que quizá fuese consecuencia de aquella organización, conservada en climas más cálidos una vez que, por su desarrollo, se hubiese convertido en diferencia racial".<sup>7</sup>

Influido muy probablemente por De Pauw y Buffon y por toda la literatura de viajes de la época, Kant había sostenido ya desde 1764 esta misma opinión sobre los americanos, a quienes atribuyó también entonces "una extraordinaria insensibilidad".<sup>8</sup> Y en el breve ensayo de 1775 -*Von der verschiedenen Rassen der Menschen*- dice que los americanos "parecen constituir una sub-raza no bien formada todavía, del tronco de los hunos" (*eine noch nicht völlig eingearbeitete hunnische Rasse*), y "en el extremo noroeste de América, en la costa nórdica de la bahía de Hudson, sus habitantes son muy semejantes a los calmucos" (*sind die Bewohner den Kalmucken ganz ähnlich*). "Un poco más al sur-continúa Kant- (...) el mentón sin barba, el cabello generalmente negro, el color rojizo del rostro, así como la frialdad e insensibilidad del temperamento (*die Kälte und Unempfindlichkeit des Naturells*) demuestran una larga permanencia de sus antepasados en las zonas frías del Norte".<sup>9</sup> Más adelante agrega que "su fuerza vital se encuentra casi extinguida" (*eine halb erloschene Lebenskraft*) y que "son demasiado débiles para los trabajos agrícolas" (*sie zur Feldarbeit zu schwach sind*).<sup>10</sup> Pero la insensibilidad que Kant le atribuye a la raza americana no se refiere sólo a una disminución de la sensibilidad cutánea, porque en el ensayo de 1764 ya citado dice que "todos estos salvajes son poco sensibles a lo bello en sentido moral".<sup>11</sup>

Estos juicios sobre los americanos no son expresiones apresuradas o circunstanciales. Años más tarde, en un trabajo de plena madurez, correspondiente al llamado "período crítico" -*Über den Gebrauch teleologischer Prinzipien in der Philosophie (Sobre el uso de principios teleológicos en la filosofía)*- publicado en 1788 en el *Teuschem Merkur*, Kant vuelve a decir que la raza americana, por efecto del clima, es "demasiado débil para el trabajo pesado, demasiado indiferente para realizar una cultura e incapaz de ejercerla, muy por debajo de los mismos negros".<sup>12</sup> En los apuntes para el curso de geografía física de 1758, fundado en recopilaciones de viajeros, había dicho que en particular los peruanos son "increíblemente perezosos e indiferentes a todo".<sup>13</sup>

América es para Kant -como también lo será luego para Hegel- pura na-

turalidad, no sociedad organizada, puesto que la pereza es una tendencia propia del hombre en estado natural de incivilización y de barbarie:

"El pueblo de los americanos no es susceptible de forma alguna de civilización. No tiene ningún estímulo, pues carece de afectos y de pasiones. Los americanos no sienten amor, y por eso no son fecundos. Casi no hablan, no se hacen caricias, no se preocupan de nada y son **perezosos**".<sup>14</sup>

Dada la inclinación innata del hombre americano a la pereza, América carece de estímulos para la creación de una cultura y una sociedad organizada. En los *Metaphysische Anfangsgründe der Rechtslehre (Principios metafísicos de la doctrina del derecho)* se dice de los indígenas americanos que son poco industriosos, pero que, aunque lo fuesen mucho, seguirían siendo escasos, perdidos en los desiertos de América, por falta de un Estado, y por lo tanto de un orden jurídico.<sup>15</sup> El argumento que usará Hegel para excluir a América de la historia universal y relegarla a la naturaleza será el mismo: la inexistencia en ella de "un verdadero Estado y un verdadero gobierno".<sup>16</sup>

En todas las páginas de los Apuntes para sus Lecciones de *Menschenkunde oder philosophische Anthropologie (Antropología o Antropología filosófica)* Kant emite siempre el mismo juicio: "Los americanos son insensibles" (unempfindlich); "carecen de afecto y pasión" (ohne Affect und Leidenschaft); "el amor a la libertad es aquí sólo pereza independiente" (Freiheitsliebe ist hier blosse faule Unabhängigkeit); "no hablan, no aman nada y no se preocupan por nada" (sprechen nicht, lieben nichts, sorgen nor nichts); "México y Perú carecen absolutamente de cultura" (Mexico und Peru nehmen gar keine Kultur an).<sup>17</sup>

Siempre los mismos adjetivos para referirse al hombre americano: el americano es tosco, inculto (roh), salvaje (wild), bárbaro (barbarisch). La desvalorización de América llega hasta la misma naturaleza. En la *Physische Geographie* observa Kant que en América "no hay leones, y que los pájaros, hermosos y de variados colores, no cantan bien". Admite que el hombre de los trópicos se desarrolla precozmente, pero no llega nunca a la perfección del hombre de la zona templada. Kant llega incluso a afirmar que "algunas razas americanas representan el escalón más bajo de la humanidad".<sup>18</sup>

Ahora bien, si el hombre no alcanza su plena condición humana más que en algunas latitudes, habría que preguntarse si las razas -esas variedades de color, hereditarias e infalibles, que establece la naturaleza entre los seres humanos como medio de adaptación al clima- no constituyen diferencias específicas entre los hombres.

Es evidente que la respuesta a esta cuestión está preñada de graves consecuencias, no sólo para la Antropología y la Moral, sino también para

la determinación de una filosofía teleológica y progresiva de la historia como la de Kant.

Pero el pensamiento kantiano no deja en este aspecto lugar a ninguna duda. Las cuatro diferencias de color que dan origen a las cuatro clases diferentes de hombres, han sido puestas por la naturaleza como un germen originario en una primera y única estirpe humana para su ulterior desenvolvimiento de acuerdo con las exigencias de adaptación a los diversos climas que irá encontrando ésta en su dispersión por el globo.

Esta dispersión llevará a la especie a poblar todas las latitudes terrestres para volver a encontrarse en la unificación humana del planeta. Según Kant<sup>19</sup> éste es un designio providencial de la naturaleza, para cuyo cumplimiento se vale de la guerra, con vistas al establecimiento de relaciones legales entre los hombres, que posibiliten el advenimiento final de una constitución civil cosmopolita.

Todos los hombres tienen, pues, un origen unitario en el que están contenidas seminalmente todas las posteriores diferenciaciones de raza. La diversidad de razas no afecta la unidad específica, puesto que -según la textual afirmación de Kant- "no existen, en absoluto, diferencias específicas entre los hombres" (es gibt gar keine verschiedene Arten von Menschen).<sup>20</sup>

El concepto de raza quedará definido, entonces, como "la diferencia de clase en animales de una y la misma especie, en cuanto esa diferencia se hereda infaliblemente".<sup>21</sup>

También en esta conclusión coincide Kant con la tesis de Buffon. Al fin del capítulo de las *Variétés dan l'espece humaine* afirma éste que el género humano no está compuesto de especies esencialmente diferentes entre sí. No hay más que una sola especie de hombres, que habiéndose multiplicado y esparcido por toda la superficie de la tierra, ha sufrido cambios diferentes por la influencia del clima.<sup>22</sup>

Si todas las razas son iguales, el negro no se diferencia ya del blanco sino como un carácter distinto (no inferior) que resulta simplemente de la diversa conformación del hombre al paisaje. La práctica histórica de la esclavitud, aunque no haya una condena moral explícita por parte de Kant, queda, no obstante, sin fundamento ideológico y expuesta al repudio universal. No hay razas inferiores. Todas participan por igual de un mismo destino histórico fundado en un origen común. Las diferencias en alcanzar ese destino no serán tanto biológicas como culturales.

Sin embargo, este planteo teórico comienza a desdibujarse a medida que nos acercamos a un tratamiento más concreto del problema. Resulta difícil conciliar la afirmación de la unidad biológica de la especie y la igualdad

natural de todos los hombres con la inferioridad que le atribuye Kant a la raza americana.

La pereza que el filósofo europeo les atribuye a los habitantes de América es un estado en el que el hombre no puede permanecer sin padecer una carencia esencial. Se piensa que la causa de su vida dispersa y salvaje radica en que la chispa más valiosa del fuego de la naturaleza les ha sido negada: carecen de pasiones, no hay entre ellos rivalidades, ambiciones, ni antagonismos de ninguna especie. Es decir, no existe entre los americanos esa dinámica conflictiva por la que la naturaleza ha hecho progresar tan sabiamente la cultura europea. En una palabra: el motor de la historia está parado en América. Por eso dirá Hegel que "América es el país del porvenir". Quizás "en tiempos futuros se mostrará su importancia histórica".<sup>23</sup>

## Notas

<sup>1</sup> Este trabajo fue presentado en el marco del V Centenario del Descubrimiento de América, en las Terceras Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (S. S. de Jujuy, 28 al 31 de octubre de 1992).

<sup>2</sup> Este artículo fue publicado en el número de la "*Berliner Monatsschrift*" correspondiente al mes de noviembre de 1785, y es el compendio de otro anterior, titulado "*Von den verschiedenen Rassen der Menschen*" ("*Acerca de las diferentes razas humanas*"), resumen de las lecciones de Geografía Física que dictó Kant en la Universidad de Königsberg en el semestre de verano de 1775. En la edición de Wilhelm Weischedel, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1968; *Kant Werke in zwölf Bänden*, Band XI: *Schriften zur Anthropologie, Geschichtsphilosophie, Politik und Pädagogik*, pp. 75-82 y 11-30. Las traducciones de los fragmentos aquí citados pertenecen a Emilio Estiú en Edit. Nova, Bs.As., 1964, pp. 68-87.

<sup>3</sup> *Bestimmung...*, A 390, 391, edic. cit., p. 65.

<sup>4</sup> Esta clasificación concuerda con la que hizo Buffon en 1766. Muy probablemente Kant la tomó de él. Según este naturalista francés, las razas principales a las que es posible reducir todas las variedades de la especie son cuatro: la europea, la negra, la china y la americana. También para Buffon la variedad del color era en un comienzo la primera y la más notable de las variedades que se encuentran entre los hombres de los diferentes climas (cfr. Michele DUCHET, *Antropología e historia en el siglo de las luces*, Siglo XXI, México, 1975, p. 216).

<sup>5</sup> Cfr. Michel DUCHET, *op. cit.*, pp. 231-232.

<sup>6</sup> Espasa-Calpe, Madrid, 1972, 5ª edic., pp. 78-79. Los subrayados son míos.

<sup>7</sup> *Bestimmung...*, edic. cit., A 414, p. 80.

<sup>8</sup> "Los demás naturales de este continente muestran pocas huellas de un carácter apto para los sentimientos delicados, y la característica de tales razas es **una extraordinaria insensibilidad**" (*Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*), edic. cit., p. 80.

<sup>9</sup> B 137, 138 / A 6, edic. cit., p. 16.

<sup>10</sup> *Ibidem*, A 150, 151 / A 10, p. 22.

- <sup>11</sup> *Observaciones...*, edic. cit., p. 80.
- <sup>12</sup> Cit. por ADICKES, *Kant als Naturforscher*, Berlin, 1924, Vol. II, pp. 412-414; en Antonello GERBI, *La Disputa del Nuevo Mundo*, F.C.E., México, 1960, p. 302.
- <sup>13</sup> *Ibidem*, p. 301.
- <sup>14</sup> *Ibidem*, p. 302.
- <sup>15</sup> Cfr. Sección segunda y tercera del Derecho Público, §§ 53-62, en Suhrkamp, Bd. VIII, pp. 466-477.
- <sup>16</sup> *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Rev. de Occid., Madrid, 1974, 4ª Edición, p. 175.
- <sup>17</sup> Cit. por GERBI, *op. cit.*, p. 302.
- <sup>18</sup> *Ibidem*, p. 303 .
- <sup>19</sup> Véase *Zum ewigen Frieden*, erster Zusatz, T. XI, pp. 217-226.
- <sup>20</sup> *Bestimmung...*, edic. cit., A 407, p. 75.
- <sup>21</sup> "Der Begriff einer Rasse ist also: der Klassenunterschied der Tiere eines und desselben Stammes, so fern er unausbleiblich erlich ist". (*Bestimmung...*, edic. cit., A 407, p. 75).
- <sup>22</sup> Cfr. M. DUCHET, *Op. cit.*, pp. 230-231.
- <sup>23</sup> *Lecciones...*, edic. cit., p. 177.